

.....
Carlos Renato Cengarle
.....

Una denuncia formal...



A la hora de quejarse, el ser humano sabe hacerlo en todos los tonos y volúmenes. Muchas veces, esas quejas están perfectamente justificadas en el ámbito de Clínicas, Hospitales y Sanatorios, marcando la necesidad de mejorar el personal sanitario en un tema tan sensible como es el de la salud humana. Pero también existen esas quejas justificadas... que son tan difíciles de clasificar... o de encuadrar... o de... bueno, juro que la trama de este cuento, no es inventada (salvo el nombre de la dilecta protagonista...)

Ciudad Determinada, 24 de marzo de 2003

*Señor Director Médico
de nuestro muy prestigioso Hospital*

De mi mayor consideración:

Yo, Matilde Azucena Bonochi Vda. de Berengaray Menéndez, en mi carácter de muy antigua afiliada a esa prestigiosa Obra Social, me dirijo a Usted con la finalidad de elevarle una gravísima denuncia. Y más que gravísima, terrible.

El día sábado próximo pasado, en ocasión de concurrir al nosocomio que Usted tan dignamente dirige, para efectuarle por guardia una radiografía a mi nieto Lucas, de cuatro años de edad, y mientras estábamos esperando, el niño se me escapó corriendo hacia la zona del balcón terraza del primer piso.

Cuando salí a buscarlo, aprecié que en una de las ventanas era perfectamente audible una especie de extraño quejido y de rápida fatiga. Con gran dificultad, poniéndome en puntas de pie, alcancé a observar un espectáculo que no podía creer. Dantesco y bochornoso, Señor Director.

Un señor morocho y de bigotes negros, joven, en posición de pie, con el cierre de la bragueta de su pantalón totalmente descendido y sin desprenderse el cinturón, tenía expuesto su aparato reproductor (al cual prefiero no denominar por su nombre, para evitar vulgaridades) Si bien no pude apreciar el largo del mismo, puedo asegurarle Señor Director, que era de un grosor más que considerable. Todos estos datos, los expongo con la finalidad de ayudarlo en su labor de investigación del causante y no, por mera morbosidad. Imagínesse mi situación.

¿Usted se preguntará por qué no puedo describirle el largo del aparato reproductor, Señor Director? Le respondo: Porque estaba introducido en la boca de una señorita de cabellos negros, vestida con el típico uniforme de las empleadas de limpieza. Como el caballero (si así se lo puede llamar), tenía colocadas sus manos en las orejas de la joven (la cual, es de esperar que no sea casada), me impedía apreciar sus rasgos faciales. Además, ella se encontraba arrodillada, sosteniéndose con sus manos de los muslos del hombre y por momentos, con serias dificultades para respirar cómodamente.

Estuvieron por lo menos ocho minutos en la referida posición, efectuando ambos en forma coordinada, voluptuosos movimientos antero posteriores de sus respectivas anatomías, comprometidas ampliamente en el suceso de marras, violando abiertamente la moral y las buenas costumbres, que corresponde mantener muy en alto en ese Centro Sanatorial.

Debo destacar, que si bien tengo la impresión de que se trataba de un Jefe y una empleada, el dialogo entre ambos, distaba mucho de cómo un superior debería dirigirse a una subordinada. Epítetos como “negra” y “mamita”, fueron empleados con abundante profusión durante todo el desarrollo del episodio denunciado.

Luego de finalizado el acto, la actitud de los incusos fue la habitual, con el cansancio fisiológico en el hombre y el lavado higiénico de la cavidad bucal, en la mujer.

A raíz de verme involuntariamente incurso en semejante episodio, no estuve presente cuando se nos llamó para la realización de la radiografía, habiendo perdido el correspondiente turno. Ahora, pretenden darme un turno para dentro de treinta días. ¿A usted le parece, Señor Director?

En consecuencia, solicito a usted se tomen todas las medidas que correspondan con ese personal y se me informe por escrito de las mismas. Además, demando se me otorgue con la mayor brevedad un turno, el cual exijo que no coincida con el horario de trabajo del personal referido en esta denuncia. Los terribles momentos a los que me vi expuesta, no quisiera volver a vivirlos.

Sin más, pláceme saludarlo con mi consideración más distinguida.

Matilde Azucena Bonochi Vda. de Berengaray Menendez